

Creo que es importante que se nos recuerde de vez en cuando que la Biblia y sus enseñanzas no han existido siempre. También es importante que sepamos que Mateo, Marco, Lucas, y Juan—nuestras cuatro versiones del Evangelio—no son los únicos que se escribieron. Fueron las primeras escritas, pero no son las únicas que subsisten. Y estos cuatro han sido conservados para nosotros por la Iglesia porque comunican la verdad transmitida por los apóstoles. La Verdad que tenemos viene de la Iglesia. Jesús no vino en el mundo para escribir un libro. Él vino para formar una comunidad. La comunidad que él formó es la Iglesia, que nos enseña las verdades de nuestra fe.

Hoy día quiero enfocar en dos secciones del Evangelio que nos enseñan algunas de estas verdades. La primera es la respuesta de la gente después de que dice Jesús, «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo». Preguntan, «¿No es éste [el hombre que conocemos como] Jesús, el hijo de José? ¿Acaso no conocemos a su padre y a su madre [María]? ¿Cómo nos dice ahora que ha bajado del cielo?» Noten que ellos no tienen dudas acerca de la humanidad de Jesús. Para ellos es increíble que Jesús se proclama ser más que un ser humano ordinario. Después de todo, lo conocen y conocen a su familia. ¿Por qué incluyó el escritor del Evangelio tal respuesta cuando deben haber existido muchas otras respuestas?

Les sugiero a ustedes que el escritor lo incluyó para ayudarnos a entender la verdad acerca de Jesús. Hay muchas otras escrituras llamadas “evangelios” que no se incluyen en las Escrituras Sagradas. Según una de éstas, El Evangelio de la infancia de Tomás, el niño Jesús estaba al lado de un arroyo jugando en la arcilla mojada con otros muchachos. Cuando Jesús hizo un pájaro de la arcilla, su pájaro voló. Esta historia no se acepta como Escritura Sagrada. No se rechaza porque la historia es ficticia sino porque la historia niega la humanidad de Jesús. Nuestro Evangelio de hoy afirma con claridad que Jesús no se hizo pasar por un ser humano sino que realmente y verdaderamente era humano, reconocido como un ser humano por la gente de su tiempo. De hecho, fue difícil para esta gente que vio a Jesús, que comió con él, que habló con él, y que le escuchó a él creer que Jesús fue más que un hombre. Nos inclinamos a tener el problema opuesto. Creemos que él es Dios; para nosotros es difícil creer en la humanidad de Jesús. Por la inclusión de esta respuesta de la gente, la Escritura **nos** enseña que Jesús es realmente, verdaderamente un ser humano.

La segunda sección en la cual quiero enfocarme hoy concluye con, «Soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo les voy a dar es mi carne para que el mundo tenga vida». Este pasaje es el último de tres declaraciones en cual la Escritura Sagrada nos enseña verdades adicionales: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo»; “Yo soy el pan de vida”; y, en repetición, “Soy el pan vivo que ha bajado del cielo». Está claro que la afirmación de Jesús es extraordinaria. Él dice que él es «pan», «el pan de vida», «el pan vivo» y que él bajó del cielo. También Jesús dice que «el Padre . . . [lo] ha enviado» y que «aquél que procede de Dios . . . [ese] sí ha visto al Padre». Éstas son declaraciones asombrosas dichas por uno que es evidentemente humano. ¿Por qué incluyó el escritor del Evangelio tales declaraciones fuertes y extraordinarias? Porque él quiso afirmar claramente que Jesús es Dios realmente y verdaderamente y va a dar su propia «carne para que el mundo tenga vida».

Jesús es, a la vez, divino y humano. Éste es uno de los misterios de nuestra fe. Si nosotros no reconocemos la humanidad de Jesús, pensaremos que él es muy distante de nosotros, tan distante

que no podemos ser Cristo en este mundo, como somos llamados a ser. Además, probablemente no reconoceremos la divinidad dentro de nosotros mismos, la divinidad que recibimos en nuestro bautismo y a la cual Dios nos llama. Un segundo misterio, que está en enlace con el primero, es que Jesús es «el pan vivo que ha bajado del cielo». Como el maná que dio de comer a la gente de Israel, como el pan que le dio la fuerza a Elías, pero más que aquel pan, «el que coma este pan vivirá para siempre». Gracias a Dios para la verdad de su divinidad y su humanidad que nos reveló y gracias a Dios por el pan vivo que bajó del cielo y que Él nos da.